



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN: 0120-2367

Fundador:

Alfonso Mora Naranjo

Rector:

Alberto Uribe Correa

Vicerrector general:

John Jairo Arboleda

Secretario general:

Luquegi Gil Neira

Director:

Elkin Restrepo

Asistente de dirección:

Janeth Posada Franco

Diseñadora:

Luisa Santa

Auxiliar administrativa:

Ana Fernanda Durango Burgos

Corrector:

Diego García Sierra

Comité editorial:

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria,

Luz María Restrepo, Alonso

Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,

Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

<http://oceanodigital.oceano.com/>

Publicación indexada en: MLA,

Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de

Antioquia no se hace responsable

de los conceptos y opiniones

emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de

los autores.

minúsculas



Perspectivas

Hay que ver de qué manera el narcotráfico desnudó la locura de una educación orientada a la rentabilidad y al éxito, demostrando que esas cosas pueden alcanzarse sin pasar por la escuela, y demostrando sobre todo que la riqueza separada de un sentido profundo de dignidad y de comunidad sólo trae espanto a los individuos y a las sociedades.

William Ospina

PALOMA PÉREZ SASTRE

El hombre al que más admira Alejandro es Pablo Escobar; tiene todas las películas y los variados suvenires. ¿Por qué? Porque salió de la nada, fue capaz de desafiar al Estado, tuvo muchísimo poder y, sobre todo, porque ayudó a los pobres. Mi yo colombiana se ofendió. De nada sirvió recordarle los miles de crímenes y decirle que tal vez la distancia y el halo de leyenda que le han construido le impiden ver que estuvo lejos de ser un revolucionario y un filántropo. Intentar advertirlo de los horrores incontables que sufre la humanidad en nombre de la caridad

por parte de salvadores de todos los colores era una tontería que había que descartar.

Qué clase de persona nos conducía hacia las pirámides de Teotihuacán, nos preguntamos ya en camino hacia el norte, por la calzada de Tlalpan. El diálogo se había limitado a negociar el valor de la carrera. Ya nos habían timado varias veces en los escasos días que llevábamos en el DF y habíamos aprendido a acordar el precio antes.

Muy seguro de sí mismo, expresó su deseo de ir a Colombia a conseguirse una mujer; “son buenísimas”. Mi yo mujer herida prefirió callar. Adrede, conduje la conversación hacia la inequidad y las injusticias en nuestros países, y en algún momento dijo que había sido un mojado: “Es que me cansé de ser pobre”. De ello hacía diez años. Humillaciones, hambre, hacinamiento, frío, dolor físico y moral habían valido la pena. Con ello se despidió de una infancia de pesadilla en tugurios con piso de tierra, que cuando llovía se convertía en barro, y de la condena a la delincuencia que había terminado con la vida de la mayoría de sus compañeros de juegos.

La noche del cruce, en la orilla del Río Bravo, el coyote les notificó a quienes sabían nadar que ellos llevarían a los que no sabían. Hizo siete viajes de una orilla a otra con pasajeros dóciles, hasta que una salvadora estuvo a punto de ahogarlo. El coyote lo instaba con insultos a soltarla en la corriente, pero no desistió. Alcanzó la orilla, pero la pendiente barrosa como un tobogán la devolvía al agua. Varios enviones fallidos,

y el coyote le dio el ultimátum: partirían sin él. Desesperado, la cogió por el trasero y con un esfuerzo supremo logró subirla al barranco.

Fue masa hambrienta, sucia y maloliente transportada sin piedad en contenedores y cajuelas de carros, hasta que entró a ser parte de una cuadrilla itinerante de recolectores al mando de un contratista desalmado. Lo peor era recoger tabaco. Los suelos dedicados a su cultivo son arenosos y hay que agacharse; se laceraban las rodillas y se rompían la espalda. Además, tenían que meter la inmensa hoja bajo el brazo y les hería las axilas. Los fumigantes los hacían convulsionar y muchos perdían el sentido, y a los que se ponían muy mal los dejaban tirados en las puertas de hospitales de otros condados.

Ser alto y fornido le ayudó a Alejandro a inventar un método para afectarse menos, y logró ubicarse por su cuenta en una posición en la que sólo tenía que arrumar las hojas para el almacenaje. Liberado, empezó a ganar un dinero que la administración acertada de la esposa convirtió en una buena casa y un taxi. Muchas fueron las ofertas para ingresar a la mafia; fáciles parecían las tareas y elevada la paga para transportar droga, pero nunca cayó en la tentación. Hasta que un día lo pilló la migra.

La llegada al sitio arqueológico interrumpió la narración. De buena gana se quitó la corbata y nos acompañó en la larga caminata bajo un sol duro y picante por la calzada de los muertos hacia la pirámide de la

luna, sonriendo, tomando fotos con su celular y señalando detalles inadvertidos.

De vuelta, camino a la UNAM, contó que su hija mayor se graduó de contadora en esa universidad. Después de un silencio largo como los kilómetros de puentes y avenidas que nos tragábamos a gran velocidad, sin pensarlo me salió con voz grave: “¿Sabe qué, Alejandro? Para mí el héroe es usted”. De haber sido colombiano habría dicho “¿cómo así?”. Eso interpreté, porque empezó a gaguear y a mover la cabeza para los lados. Mi yo maestra quiso explicar, pero la sorpresa ante la vista del Museo de Arte Contemporáneo la había dejado con la boca abierta.

A la hora de pagar, hubo que sumarle doscientos pesos a lo acordado, “es que la universidad es muy lejos, señora”. Sí, grande y lejos, como todo en México. ■

palomapez@une.net.co
Profesora de la
Universidad de Antioquia





El giro del terror

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Las palabras pueden ser huecas, pero nunca están vacías. Son como paquetes cerrados, siempre con un contenido, pero que rara vez resulta evidente a la vista. Se les puede sacudir para tratar de descubrir a partir del sonido qué contienen, pero algunas son muy frágiles y por ello al hacerlo uno se arriesga a escuchar sólo el ruido de cristales rotos. Otra alternativa es olerlas, tratar de descifrar a partir del olfato su contenido, lo que también tiene sus riesgos, pues aunque a veces puedes encontrar un aroma a flores, igual de frecuente es que te golpee la nariz un fuerte aroma a basura o excremento.

La alternativa final es, por supuesto, abrir el paquete y ver qué contiene, pero ese es el método más complicado y arriesgado, pues para hacerlo se tienen que desatar los lazos que ha puesto la historia, ya que el contenido de las palabras cambia con el tiempo y solo viendo el recorrido se puede entender su presente. Además, como si todo

esto no bastara, algunas palabras son bombas y, como tales, estallan. Lo cual demuestra que si hay alguna palabra que realmente carezca de contenido real, un paquete vacío, no es otra que la palabra “obvio”... Nada es “obvio” y menos con relación a los conceptos que día a día usamos para comunicarnos, así los usamos con prodigalidad, sin darnos cuenta de la esperanza o el veneno que encierran siempre.

Para demostrar esto último, un buen ejemplo es una de las palabras cuyo uso más se ha ampliado en los pocos años que llevamos del tercer milenio. La palabra, por supuesto, es “terrorismo”, puesta en boga por la Guerra contra el Terror luego del horror de 2001 en Nueva York. En su edición de 1884, el diccionario “oficial” del español, el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, usaba sólo una acepción del término: “Dominación por el terror”. Más tarde, en 1924, se añadió una segunda acepción: “Sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror”. Esas dos acepciones no hacían distinción entre las fuentes de terror, pues podían aplicarse por igual a gobiernos o grupos subversivos, y se mantuvieron en las distintas ediciones del DRAE hasta la del 2001, la última publicada. Pero en el avance de la vigésima tercera edición del DRAE, a publicarse en 2014, se incluye una tercera acepción mucho más excluyente: “Actuación criminal de bandas organizadas, que, reiteradamente y por lo común de modo indiscriminado, pretenden crear alarma social con fines políticos”.

Lo interesante es que esas tres acepciones describen tres momentos a lo largo de 130 años en que se ha dado a la misma palabra usos distintos, que, si son mirados en conjunto, no solo describen una historia, sino un giro de 180 grados, donde la tercera acepción contradice incluso la posibilidad de la primera y más duradera realidad del terrorismo. La más antigua de las acepciones, la de la “Dominación por el terror”, se la debemos a Maximilien Robespierre, presidente de la Convención Nacional luego de la Revolución Francesa. “El Incorruptible” fue el primero en ufanarse del terror como método de gobierno, aunque ciertamente no el primero en usarlo, pues ya Maquiavelo le había advertido a su ubicuo Príncipe cuatro siglos antes que era más seguro ser temido que amado. Un razonamiento que, de hecho, ya había sido seguido por múltiples gobernantes durante miles de años, desde Babilonia hasta China, de Roma Imperial a la India. Pero fue Robespierre quien dijo en medio del furor de las guillotinas: “El Terror no es nada más que la justicia rápida, severa e inflexible”. Y afirmó incluso: “El terror, sin virtud, es desastroso. La virtud, sin terror, es impotente”. La primera acepción de “terrorismo” proviene entonces de lo que hoy llamamos “terrorismo de Estado”. De hecho, el término mismo parece haber sido inventado por los monárquicos como propaganda antirrevolucionaria durante la persecución que sufrieron; interesante contrapartida de un lema revolucionario surgido

en la misma época: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”.

Luego de esa primera acepción, vino la segunda, que surgió en un tiempo en que los revolucionarios europeos y americanos se dedicaban a volar por los aires carrozas reales, y a engordar con plomo a presidentes, dictadores y primeros ministros. Sin embargo, esta segunda acepción es bastante neutra, pues la característica de una “sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror” puede endilgarse no solo a los terroristas que secuestran atletas olímpicos y hacen atentados y secuestros, sino también a los bombardeos masivos, bien se trate de Guernica, Dresde o Londres, y de hecho a toda guerra donde se ataque de forma sistemática a la población civil, así como a toda represión despótica.

Entonces llega el 2001 y se da un giro radical en la definición. Surgen nuevas leyes anti-terroristas que no se basan en las viejas acepciones, sino en algo distinto, quizás incluso opuesto. De hecho, resulta curiosa la similitud básica entre la nueva definición de terrorismo que el DRAE incluirá en 2014 con la que ya empleaba el código de gobierno del país que sufrió los atentados del 2001. El *Code of Federal Regulations* afirma que el terrorismo incluye: “el uso ilegal de la fuerza y la violencia contra personas o propiedades para intimidar o hacer coerción sobre un gobierno, la población civil, o cualquier segmento de esta, en persecución de objetivos sociales o políticos” (28 C.F.R. Section 0.85).¹ Ambas definiciones tienen una palabra sobre

la que giran. El DRAE contiene la palabra “criminal”; el CFR, la palabra “ilegal”. La base de las dos definiciones es entonces la ley y, a partir de esto, ambas afirman que el terrorismo sólo puede surgir de lo ilegal. Con ello no se limitan a defender el monopolio de la violencia por parte del Estado, sino que impiden que el abuso de dicha potestad pueda catalogarse como terrorismo, pues lo único que queda automáticamente por fuera de las nuevas definiciones de terrorismo es la violencia estatal, bien se trate de actos de represión o de guerra, pues estos últimos son violencias legales.

Así, bajo el nuevo concepto, cuando las fuerzas antimotines golpeen o disparen a manifestantes que reclamen derechos ciudadanos básicos, podrá presentarse esto no como represión, sino como una acción heroica en el enfrentamiento con “terroristas” que pretenden crear “alarma social”. Igualmente, cuando alguien rompa una vitrina de la tienda o desinfele la llanta de un camión que sea propiedad de una corporación que envenene los ríos o que manipule las semillas para que nadie pueda sembrar nada sin pagarle primero, se podrá juzgar a esa persona como “terrorista”, pues pretendió intimidar con la violenta destrucción de propiedad a un sector de la población civil, el corporativo. Ese mismo sector que va hoy en camino de apoderarse de cada fuente de riqueza del planeta, siempre por medios legales, gracias en parte a leyes cada vez más laxas de financiación de campañas que le permiten comprar legisladores para

que aprueben normas a la medida de sus intereses en cada vez más Estados del globo.

Así, las nuevas definiciones de terrorismo han dado un giro de ciento ochenta grados con respecto a la idea original. Y con ello se abre el camino para llevarnos al mismo método de dominación que impuso Robespierre, pero sin la honestidad del líder francés. Gobiernos que podrán dominar desde el terror sin poder ser nunca llamados terroristas, ya que por definición solo la violencia ilegal podrá serlo, con lo que se excluirá de entrada toda forma de guerra o represión. Y, por supuesto, qué es legal y qué no lo es siempre será algo que los Estados —y por tanto sus dueños— podrán mover a conveniencia. ■

agarlon@hotmail.com

¹ Traducción del autor de este artículo del texto siguiente: The unlawful use of force and violence against persons or property to intimidate or coerce a government, the civilian population, or any segment thereof, in furtherance of political or social objectives” (28 C.F.R. Section 0.85).



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



/revistaudea



@revistaudea

www.udea.edu.co/
revistaudea





La piedra solar

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Escandinavia. Mares fríos y costas grabadas por sinuosidades caprichosas. Riscos de piedra que caen a pique sobre las olas oscuras. En una naturaleza como esta, es más fácil adentrarse en el mar que en las montañas, de ahí que el viaje por el océano sea siempre una tentación. Tal vez por eso los vikingos se lanzaron a recorrer los mares, donde encontraron nuevas islas y tierra firme. Y una vez allí, sabedores de que su lugar de origen sería inexpugnable para cualquier enemigo, atacaban y saqueaban, y volvían a sus bahías, a sus fiordos perdidos entre la bruma del Báltico.

Las costumbres de los nórdicos, sus dioses y los colores de su tiempo fueron recreados por la televisión el año pasado para History Channel en la serie *Vikingos*. Irlandeses y canadienses se unieron para realizar una producción que según los expertos tiene la gran virtud de ser fiel a los hechos históricos. El personaje principal, Ragnar Lodbrok, es un guerrero real presente en las crónicas

de la época, así como los escenarios, los vestidos y muchos otros detalles que su creador, Michael Hirst, se propuso conservar.

La serie se ha encargado de recrear la sociedad de estos pueblos viajeros y agresivos durante la llamada Era Vikinga, que comenzó con el asalto al monasterio católico de Lindisfarne en Gran Bretaña en el año 793. De ahí en adelante, y por un lapso de tres siglos, los vikingos asaltaron y despojaron no solo las costas de Europa y Gran Bretaña, sino además del Mediterráneo y de mares interiores como el Negro y el Caspio. También otros pueblos ubicados río arriba sufrieron sus ataques, pues el escaso calado de sus ágiles *drakkar* les permitía adentrarse en aguas poco profundas. Entraron por el Sena hasta aterrorizar París, y subieron por el Volga hasta tomarse Nóvgorod, en el corazón de Rusia.

Sin embargo, la serie no se queda en retratar únicamente el saqueo perpetrado por los rudos escandinavos en Europa, sino que se adentra en sus modos de vida e intenta reproducir su universo religioso y cultural. Con este fin, la historia de *Vikingos* sigue de cerca la vida familiar de Ragnar, donde se muestra, por ejemplo, que la mujer podía ser también guerrera, y que en cuestiones sexuales se regían por principios democráticos. Tal vez sin proponérselo, la serie ha desplazado el ideal romántico del guerrero vikingo, que desde el siglo XIX se encargó de perpetuar mitos falsos como el estereotipo del hombre rubio de gran estatura o los cuernos en

los cascos que retomó el autor de *Olafo, el amargado*.

Uno de los aspectos que se han explorado en la serie son las técnicas de navegación de la época, que han suscitado un gran interés entre los historiadores, quienes se preguntan cómo bajo un cielo casi siempre nublado pudieron los nórdicos navegar con tanta precisión. En uno de los primeros capítulos, Ragnar le muestra a su hermano Rollo la nueva técnica que ha llegado a sus manos. Se trata de un instrumento de madera con la forma de un pequeño disco marcado con círculos concéntricos. La longitud de la sombra que proyecta un clavo desde el punto medio del disco les señalará el rumbo correcto. Y, ¿qué pasará cuando no haya sol?, le pregunta Rollo. Para ello utilizarán la piedra solar.

La veracidad del uso de la piedra solar permaneció en duda por siglos hasta que en 1967 un arqueólogo danés sugirió que podría tratarse del espato de Islandia, un mineral común en las canteras de este país. Dicho mineral es una variedad translúcida de la calcita que tiene la propiedad de polarizar la luz dispersa hacia un solo punto, de la misma manera que puede duplicar una imagen que se observa a través de uno de sus cristales. Con una piedra de estas, los vikingos podrían haber esclarecido la posición del sol oculto tras las nubes. Solo tenían que recorrer el cielo rotando la piedra en sus manos, tal como lo hace Ragnar, para descubrir la posición velada del astro mayor que los guiaría en la travesía.

Nuevos estudios apoyan la teoría del arqueólogo danés por medio de experimentos en los mares del norte, lo cual ha generado aún más interés por este tipo de detalles de una historia que involucra a toda Europa. Si bien muchas de las crónicas posteriores a la Era Vikinga retrataron a los escandinavos como pueblos bárbaros interesados únicamente en el pillaje, la evidencia muestra que muchos de ellos se asentaron y nutrieron la cultura europea para siempre. No se trata solo de haber dejado hijos rubios dispersos en las costas mediterráneas. Normandía, en Francia, fue la tierra dominada por los “hombres del norte”, desde donde llegarían a reinar sobre Inglaterra y otros países europeos.

Vikings ha despertado el interés por las gestas de los antiguos escandinavos y ha intentado dar una mirada más amplia a las consecuencias de sus agresivas razias por el continente europeo. Gracias al interés que la serie ha suscitado, han salido a la luz magníficas costumbres y técnicas llenas de ingenio e imaginación, que tienen expectantes a historiadores, creadores y público por igual. Han pasado más de mil doscientos años desde ese primer asalto a Lindisfarne por parte de los vikingos, y ahora, al ver sus descendientes en Dinamarca, Suecia y Noruega, sociedades que son modelo para el mundo, uno se pregunta por los misterios de la transformación que trae ese abismo que es el tiempo. ■

agromena@gmail.com



La muchacha salvaje **Mujeres dibujando muñequitos**

ALVARO VÉLEZ

Siempre que leo un cómic hecho por una mujer recuerdo un pasaje del libro *La revolución de los cómics*, de Scott McCloud (Editorial Norma, Barcelona, 2000), en donde el autor habla de la importancia de que haya una representación de las minorías étnicas y, en este caso, de un equilibrio de los sexos en la producción de historietas. Por cerca de tres décadas he leído cómics que en su gran mayoría han sido hechos por hombres, por eso aún para mí es extraño —aunque afortunado— que puedan llegar a mis manos buenas historietas dibujadas por mujeres. Uno de esos casos es *La muchacha salvaje* (Ediciones Sinsentido, 2011), de la española Mireia Pérez.

Justamente de lo que habla Scott McCloud en ese párrafo, que me viene a la cabeza cada que tengo en las manos un cómic de una autora, es de la posibilidad de ver otra mirada, algo diferente a lo que nos tiene acostumbrados la mayoría

de los cómics hechos por varones. No es ni mejor ni peor, es solo que ensancha el horizonte de posibilidades que bajo una mirada únicamente masculina termina tornándose aburrido. Creo que, justo eso, es lo que hace Mireia Pérez en su libro.

La muchacha salvaje es una historia que sucede en los albores de la humanidad; nos situamos entonces en la prehistoria, en donde la vida, ligada esencialmente a la sobrevivencia, está perfectamente enmarcada en oficios y obligaciones para cada uno de los sexos: el hombre es el cazador, el proveedor y tiene a disposición a las hembras para, por ejemplo, la copulación; por el otro lado, la mujer se encarga de la crianza de los más pequeños, es la que recolecta los cereales y otras plantas comestibles, además de que debe estar disponible para las necesidades sexuales de los varones. Pero no todo el mundo parece estar contento con lo establecido; como es lógico, siempre habrá alguien que quiera cambiar el sistema, y en el caso de esta historieta es justamente una mujer. Así que la muchacha salvaje parece ser salvaje no solo porque existe en un mundo de cavernícolas sino, al parecer, porque también quiere subvertir el sistema en el que vive.

La subversión será infructuosa dentro de la tribu, y la muchacha salvaje no tendrá otro camino que salirse del sistema con el que no está de acuerdo. De ese modo, la chica iniciará un viaje por diferentes lugares, desde las cuevas hasta un bosque, de ahí a una urbe y, finalmente, a un vergel; estos

lugares en el libro representan, cada uno, un capítulo de la historia.

El valor añadido del relato de *La muchacha salvaje* es el que ya insinuaba más arriba: la visión de una protagonista desde el punto de vista de una autora. El libro reboza en rebeldía; es la muchacha salvaje siempre luchando por hacer de su vida y sus aventuras algo propio y no impuesto, los hombres siempre parecen asirla pero es ella, dueña de su propio destino, la que elige quién puede o no entrar en su mundo, y bajo sus condiciones. Mireia Pérez no solo nos recrea con las peripecias y rebeldías de su protagonista, sino que además nos regala, por momentos, situaciones en las que reconocemos el mundo interior que posee la muchacha salvaje, un universo que no parecen intuir muchos de los personajes que ella tiene a su alrededor.

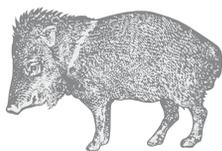
Esta es la ópera prima de Mireia Pérez; sin embargo, la autora parece estar bien curtida en este asunto de dibujar “muñequitos”: es una historieta que se deja leer fácil porque cuenta con un montaje de viñetas sencillo en el que la autora, muchas veces, deja correr la narración sin necesidad de palabras. Además, tiene un dibujo suelto pero efectivo que le imprime también un carácter como de obra primitiva, como si con la estética quisiera mostrar algo más de ese mundo prehistórico.

Mireia Pérez pudo publicar esta historieta gracias al Premio Internacional Fnac-Sins sentido de novela gráfica (en su cuarta edición), que otorga cada año la Editorial Sinsentido, en una

especie de beca para que un autor pueda dibujar y publicar una novela gráfica, sin las incomodidades y la estrechez de la falta de dinero.

Es bueno aprovechar la ocasión para mencionar solo algunas otras autoras dentro del orbe latinoamericano, como la colombo-ecuatoriana Paola Gavidia (Powerpaola), que ya ha tenido un amplio reconocimiento internacional por su primera novela gráfica *Virus trópic*; las argentinas Caro Chinaski, Alejandra Lunik y Deluis, cada una con un estilo particular, bien definido y, sobre todo, de muy buen nivel; la chilena Sol Díaz Castillo, a la que se le puede leer un conjunto de historietas cuyas protagonistas son feas, horribles o, como ella misma las ha llamado: *Bicharracas*; la colombiana Mariana Gil, que hace poco editó su primera novela gráfica *Raquel y el fin del mundo*, un relato de amigos y despedidas. Y, obviamente, hay muchas otras y ojalá sean cada vez más mujeres que dibujen historietas, que amplíen ese horizonte, que nos muestren a los lectores otras posibilidades diferentes dentro del mundo del cómic, que realmente exista —como afirma Scott McCloud— un verdadero equilibrio de sexos en el mundo de las narraciones dibujadas, para que ese potencial no se desperdicie nunca más. ■

truchafrita@gmail.com



Las caras

LUIS FERNANDO MEJÍA

Las caras son fachadas. Usted está perdido si es malacaroso. La cárcel puede ser su próximo destino. Siempre deberá probar su inocencia. No es conveniente tener un rostro desagradable para efectos de ganarse la confianza del prójimo. Diferente es la situación del portador de cara de persona honesta o inteligente. Lleva las de ganar. Siempre parte cinco pasos adelante de los demás.

El individuo con cara honesta tiende a estar bien peinado y, si es hombre, bien afeitado. Damas y caballeros ponen expresión de yo no fui frente a cualquier problema, y ríen moderadamente; nunca han sentido el placer de una carcajada. Usan ropa bien aplanchada, con cero arrugas, y siempre parecen recién bañados.

La persona con rostro de bípedo inteligente es o será calva, y si es hombre se inclina por llevar barba. Cualquiera sea el sexo, usa permanentemente gafas, aunque no las necesite sino para leer de vez en cuando. Habla pausadamente, y cuando es

cuestionado responde solo con una estudiada sonrisa, con un sutil halo de desprecio. También ha proscrito la carcajada de sus costumbres.

Aunque se siga repitiendo el dicho de que caras se ven, corazonas no, la apariencia sigue imperando en muchas relaciones sociales. Aún no ha llegado a la conciencia general el concepto de que el ser humano antes que rostro tiene antifaz, unas veces elaborado de modo cuidadoso, y otras inconscientemente impuesto.

Nos quedamos con el antifaz del otro y luego vienen las sorpresas, cuando el tiempo y las circunstancias delatan la verdad del corazón o la mente de cada fulano o fulana conocido. El caradura puede ser un ángel, el honesto un diablo y el inteligente un mar de superficialidad. Todos más o menos farsantes, aunque el malacaroso casi nunca lo sea intencionalmente.

Pero ¿cómo no quedarse con el rostro y avanzar a las entrañas del otro? Tal vez no haya una receta, aunque se puedan intentar algunas acciones. Una muy importante: aunque vaya contra las elementales normas de cortesía, cuando hable con alguien no lo mire siempre a la cara, por momentos distraiga sus ojos hacia otros objetos pero sígalos oyendo, sin que nada lo perturbe, con absoluta atención. Concéntrese en analizar lo que se escucha y olvídense de lo demás. Separe definitivamente la cara de las palabras. Es probable que por este camino se descubra en el caradura de mirada sucia a un ser amable e indefenso, en el aparentemente honesto

ciertos lapsus que delatan a un simple vividor y en el de aspecto inteligente un analfabeta funcional que reitera dos o tres frases pronunciadas por un sabio de verdad. Si el individuo es un personaje público distante a usted, no lo mire en la televisión cuando esté hablando, simplemente escúchelo con sumo cuidado, sin interferencias visuales.

Si la receta anterior es insuficiente, péguale a su interlocutor un puño, cuidadosamente leve, en el pecho. Analice la reacción de cada uno. Puede que el malacaroso huya de usted, o sea, no pasa de tener una cara repulsiva; es probable que el de rostro honesto lo insulte y exagere la agresión, y es factible que el de semblante inteligente no entienda que recibió un merecido golpe. Luego de evaluar esta experiencia verá que la percepción sobre cada uno de los individuos pudo haber cambiado radicalmente.

En el evento de que las fórmulas descritas sean un fiasco, y que usted no logre descubrir otra característica en el individuo sometido a prueba, no se desanime, repita los ejercicios cuantas veces sea necesario. No olvide que los organismos generan sus propias defensas, que los hacen inmunes a los primeros ataques.

No actuar de acuerdo con estas sencillas recomendaciones significa aceptar vivir entre máscaras, sin certezas, a tientas en el reino de las apariencias, con todo su poder, en especial en sociedades con una educación elemental, donde lo visual sin perspectiva predomina en el conocimiento de los seres y objetos

del universo. Comunidades donde el adjetivo “bonito” se impone sobre la expresión “bueno” para referirse a las personas y a las cosas. Es el imperio absoluto de los sentidos.

Se trajina, entonces, con los cinco sentidos, en especial con el de la visión, sin ninguna conexión con la razón, en una convivencia frenética con el olfato, el tacto, el oído y el gusto las 24 horas del día. Por eso casi nunca llega al pensamiento la necesidad de desenmascarar al otro. Se participa en un evento teatral sin clara conciencia de ello, donde se funden actores y espectadores.

Por supuesto, se siguen vendiendo máscaras para eventos, especialmente para los festivos, pero se ha de entender que es para disfrazar al disfrazado. El con cara de honesto tiende a ir a estas jornadas con alitas de ángel, el con rostro de inteligente siempre aparecerá pintado como Einstein, y el malacaroso sí se sale de este escenario, pues no lo invitan a ninguna parte. Aunque todos, en palabras de Bertrand Russell, son en esencia una “colección de cargas eléctricas en violenta agitación”. ■

lfmejia@udea.edu.co

